

Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*. México, El Colegio de México, 1969, 256 pp.

Dos años atrás, Enrique Florescano puso término a una investigación al parecer intensa, en distintos archivos de la ciudad de México; con generosidad desusual, los archivos le permitieron reconstruir casi totalmente los precios del maíz en el siglo XVIII novohispano.

En el curso de ese acopio, Florescano trabó contacto directo con métodos y aplicadores de la moderna historiografía francesa: profesores de la *Ecole Pratique de Hautes Etudes* de la Sorbona, a cuyas indicaciones personales y académicas, debe la conversión de su "desordenada serie de precios, en un instrumento riguroso de análisis histórico".¹

La síntesis de esos encuentros y combinaciones, es un libro: *Precios del Maíz y Crisis Agrícolas en México (1708-1810)*. Ensayo sobre el movimiento de los precios y sus consecuencias económicas y sociales, o sea, "un intento de contemplar el siglo XVIII mexicano al través de las coyunturas de los precios del producto agrícola más importante de la época".² Conviene recordar el origen del interés de Florescano en el problema del maíz, porque en ese mismo origen están insinuados el propósito y la dirección de todo el trabajo. Los vaivenes de los precios, nos dice, aparecen en los archivos acompañados de accidentes terribles, la calamidad en múltiples versiones: "hambres devoradoras", "decadencia del comercio", "emigración masiva de cientos de desocupados hacia las zonas menos castigadas por la carestía y el hambre"; "aumento de la vagancia, la mendicidad y el crimen", "desarticulación de las estructuras del campo", "tensión social en la ciudad", etc.

Los precios venían a expresar, en la frialdad de los números, el ardiente trasfondo de una sociedad periódicamente convulsionada; así, el horizonte vivo de esos registros estaba más allá de los registros mismos; sistematizar esas listas de precios y organizarlos de modo que pudieran "informar" objetivamente del resto, resultó imprescindible.

¹ Prólogo, p. XVI.

² P. XVII.

Los cientos de miles de datos que integran una serie de precios son apenas los instrumentos primarios... sólo permiten medir, interpretar y conocer un número importante, pero restringido de fenómenos... La demografía histórica, la historia de la producción... del comercio, y el estudio de otros fenómenos que pueden ser cuantificados serán... los complementos indispensables de la historia de los precios, la base que permitirá una historia económica rigurosa, una nueva interpretación de la historia de México. Si el punto de partida es limitado, como ocurre con todas las especialidades, la meta final no puede ser otra que la historia total, la *Historia*, sin adjetivos.³

La historia económica empero, dice Florescano, tiene su arranque sistemático en México hacia 1930, y los títulos aparecidos de entonces a 1965, identifican obras que, de una manera general, "siguen el curso trazado por las indagaciones clásicas sobre la vida económica de un país".⁴ En consecuencia, las nuevas disciplinas que complementan a la historia de los precios, y que permitirán armar una versión "nueva, dinámica y cuantitativa", de la historia de México, están aún por desarrollarse en nuestro medio; el orden de su experiencia y el de su tradición es raquítico; todo el camino está por recorrer.

Es natural entonces que una investigación como esta, que se aventura de lleno en el nuevo enfoque, tenga el signo —y el aspecto— de una obra inicial y, en ese sentido, "ejemplarizante"; es decir, que aborde el doble problema de desentrañar su objeto de estudio y de justificarse a sí misma, de situarse como un punto de partida.

Lo anterior explica una de las dificultades relevantes que la obra opone al lector: su estructura. A diferencia de otros investigadores, Florescano pone al descubierto, exhaustivamente, la materia que por lo general queda en el gabinete: su método y su bagaje teórico; dos de las tres partes del estudio versan sobre cuestiones metodológicas.

En razón de la ausencia de estudios sistemáticos sobre los precios en México, la primera parte del ensayo se dedica

...al examen, sin duda excesivo, de las fuentes, los métodos y los procedimientos utilizados en los trabajos anteriores

³ P. 36.

⁴ P. 6.

y a señalar una serie de reglas elementales que pueden contribuir al mejor desarrollo de una historia de las fluctuaciones económicas de México.⁵

La segunda presenta la crítica de las fuentes utilizadas en el estudio y ofrece una breve reseña de la fundación y finalidades del pósito y la alhóndiga; caracteriza los precios contenidos en sus libros de cuentas y aclara la forma como se presentan en los apéndices.⁶

La tercera entra propiamente en el tema de la investigación y está compuesta por los análisis de los tres movimientos básicos de los precios (estacional, cíclico y de larga duración), registrados en las series del siglo XVIII. Hasta el principio de la última parte, la calamidad —esa mancuerna trágica de las alzas y bajas del precio del grano—, ha sido olvidada; la explicación del método y la teoría de la historia cuantitativa, le roba aun algunas páginas de la tercera parte.

Este largo “desnudar” la investigación, se sucede en un espacio que abarca poco más de un tercio del libro. Ricas sin embargo en sugerencias y señalamientos, esas páginas parecen mirar más hacia las posibilidades del nuevo enfoque, que hacia el objeto propio de la investigación; valen, en términos generales, como un muestrario de lo que se ha hecho, de lo que se podría hacer, de lo utilizable y lo aún por utilizar.

El rostro vivo y sucio de la crisis de los precios, la calamidad, empieza a asomar sólo en el capítulo octavo, dedicado al movimiento estacional. Florescano subraya las diversas tendencias típicas de la curva estacional, en distintos años: *movimiento suave*

⁵ Pról. p. XVIII.

⁶ La investigación incluye al final cuatro apéndices. I. Precios del Maíz delgado de los Libros de cuenta de Pósito y Alhóndiga. II. Precios del maíz ancho, inferior y picado de los libros de cuenta de pósito y alhóndiga. III. Fanegas de maíz vendidas mensualmente en la alhóndiga de México (años de crisis y de buenas cosechas). IV. Medias mensuales, medias anuales y números índices de la serie de precios del maíz 1721-1813. En especial los primeros dos apéndices son la reproducción estricta de los precios consignados en los libros, simplemente agrupados en cuadros. De esta forma, el especialista puede no sólo comprobar las operaciones que se realizan sobre los precios después para obtener índices, promedios, etc., sino también, y fundamentalmente, puede servirse de la serie de precios y abreviar considerablemente su trabajo.

(años de buenas cosechas, con alzas y bajas débiles); *movimiento alterado por alzas de primavera* (retraso de las lluvias que inducía a la conservación del grano disponible, previendo mala cosecha), *movimiento orientado a la baja* y *movimiento orientado a la alza* (cuando la interferencia de la curva decenal cíclica fuerza las tendencias naturales del ciclo estacional, bien haciéndolas bajar —con dificultad—, bien induciéndolas a la alza —vertiginosamente—).

Las fluctuaciones de los precios y de las ventas dentro de la curva estacional, enfrentan a Florescano con la primera paradoja:

Años de cosechas abundantes significan en México, como en todas partes, años de precios bajos... Pero al contrario de lo que ocurre en otras partes, la abundancia y los precios bajos no provocan aumento en las ventas de maíz en la alhóndiga de la Ciudad de México, sino al contrario, una reducción.⁷

La paradoja oculta un fenómeno estructural: las relaciones de los pequeños agricultores, “pegujaleros” y arrendatarios con las haciendas, y de ambos con la oferta y la demanda del grano. En la curva anual del movimiento estacional, el asunto se refleja en su dinámica, señalando las relaciones alternativas de cada clase de productor con el mercado. Así, al término de la cosecha los precios son por lo general bajos, porque el grano abunda; los pequeños agricultores llevan su producción a la alhóndiga; el autoconsumo disminuye la demanda, los precios bajan. Los grandes productores, por su parte, reservan sus granos y esperan las épocas de escasez relativa o absoluta; cuando el grano disponible en el mercado y el de autoconsumo se han agotado, la demanda tiende a subir, junto con los precios; entonces envían sus granos a la alhóndiga y ésta registra abundancia de mercancía y precios altos; los pequeños productores que la surtían en los meses inmediatos posteriores a la cosecha, han agotado sus reservas. Para ellos, como consecuencia de la poca demanda, los precios de venta, y las ganancias fueron bajos; los precios de consumo, ahora, son altos.

Cuando el maíz falta y aumentan los precios y el consumo, entonces se abren las trojes de las grandes haciendas y el maíz comienza a llegar a la ciudad, más rápido si los precios son altos, lentamente si el alza es gradual. Tal es el juego terrible

de la oferta, la demanda y el consumo de maíz en los años de buenas y malas cosechas.⁸

Las fluctuaciones se acentúan con una regularidad casi mecánica en ciertos períodos del año, en relación con la proximidad de la cosecha (que suscita esperanzas), la disminución de la oferta (unos meses después de la cosecha), y con la calidad de la cosecha del año. Este trajín entre “pegujaleros” y arrendatarios con las haciendas, parece origen de una pugna que hacia fines del siglo se habrá inclinado favorablemente a los hacendados, quienes, a fin de asegurar su más claro dominio sobre la oferta, habrán absorbido a “pegujaleros” y arrendatarios.

El movimiento cíclico (cuasi decenal: 9.4 años-cosecha en promedio por ciclo) es la materia de los dos siguientes capítulos.

... en los dos primeros ciclos de los 10 que entre 1720 y 1814 padecieron los habitantes de la ciudad de México, los precios aumentaron 64 y 77 por ciento con relación a los precios mensuales más bajos del ciclo considerado. Serán estas las fluctuaciones más débiles de todo el período. En los años siguientes la tempestad cíclica adquiere una violencia extrema. En los seis ciclos siguientes, que a veces no sobrepasan los 10 años de duración, los precios aumentan más del 100 por ciento; entre 1766 y 1788 esta proporción llega a ser de 213 por ciento; y entre 1785 y 1792, de 380 por ciento.⁹

La comparación de la gráfica del maíz en México, con la del trigo en Francia, y con la global de Europa, así como la coincidencia entre ellas, se ofrece en el libro como una especie de verificación parcial a la teoría que encuentra en los cambios meteorológicos —antes que en los sociales o en los políticos— la causa de los deterioros o auges agrícolas de las sociedades preindustriales. Si el impacto de las crisis parece más dramático, y menos controlado en la Nueva España, ello se debe a que sus estructuras sociales son menos flexibles y más frágiles que sus contemporáneas francesas.

A partir del análisis de los ciclos, Florescano atiende, en el excelente capítulo X, las diversas facetas de la calamidad social. En lo económico: alza inaudita del costo de la vida, desempleo,

⁸ P. 92.

⁹ P. 139.

acentuación de las diferencias económicas para las mayorías de la ciudad; saqueo de las pocas reservas del grano en el campo, como efecto de la política alimenticia colonial; mortandad del ganado y carestía subsecuente de carne; paro en las minas y emigración de los trabajadores; paro en los obrajes (caída brutal de la demanda) y, por lo tanto, decadencia del comercio. Las crisis sacan a flor de piel las deformidades estructurales de la economía novohispana: regionalización de los mercados, concentración del ingreso, falta de empleos, inestabilidad laboral, fácil tránsito de un estado productivo a uno de mendicidad forzosa.

Socialmente, las repercusiones de la crisis parecen multiplicarse: vagancia y mendicidad en la ciudad como consecuencia del desempleo y la emigración rural; frecuentes irrupciones de epidemias, por el hambre, la desnutrición y el hacinamiento; aumento del bandolerismo y la criminalidad.

Florescano superpone a las gráficas de las crisis agrícolas, las relativas a epidemias y a la criminalidad. La carestía, mediada por el malestar social, obra el efecto de una multiplicación exorbitante —coincidente con la crisis— del último aspecto. La frecuencia con que epidemias y actos delictivos inciden en los momentos culminantes de los ciclos, obliga a suponer entre ambas variables una reciprocidad indiscutible.

Pese a que estos análisis constituyen, en boca de su autor “apenas un anticipo, demasiado general, de estudios monográficos más completos”, el esbozo deja sospechar una notable riqueza en el método, sobre todo, si, como Florescano ha afirmado en otro lugar, el único sentido pleno de la historia económica, es pasar a ser lo que debe ser siempre: historia social.¹⁰

Las posibilidades de una indagación sobre estas bases para la esfera política, aparecen también en el capítulo X. Dignas de reflexión y de estudio cuidadosos son las sugerencias que Florescano obtiene del análisis de las crisis en relación con el acontecimiento político magno que prepara el XVIII: la insurrección independiente.

Una generación que habría de jugar un papel decisivo en la revolución de independencia, vivió los días terribles del

¹⁰ E. Florescano, *Perspectivas de la Historia Económica en México*. Ponencia a la III Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxtepec, noviembre 1969, p. 32.

“año del hambre” (1785-1786) y participó activamente en las grandes campañas que lo combatieron. Todo el bajo clero del obispado de Morelia, los curas y sacerdotes de los pueblos más pobres y alejados, y entre ellos el cura Hidalgo, practicaron la “Teología Político-caritativa” que Fray Antonio de San Miguel recomendaba en sus numerosas pastorales y “cartas cordilleras”.¹¹

En la campaña estimulada por la gran crisis de 1785, el bajo clero que inspiró Antonio de San Miguel, visitó las aldeas y habló con la gente del campo, intercedió ante los hacendados, repartió bienes de diversa índole entre “pegujaleros” y arrendadores, rindió detallados informes sobre el estado de las cosechas y las condiciones de quienes las sembraban, estrechó lazos con esos hombres y adquirió una conciencia más despierta y sensible para los problemas concretos de la sociedad rural. Como lo señala Florescano, “no es por un azar que el obispado de Michoacán fuera más tarde uno de los principales centros de insurrección”.¹²

Las crisis posteriores al año de 1785, abonan el germen crítico en estas conciencias y lo incuban en otras; ya que por otra parte, registran los precios medios cíclicos más altos. A las sequías de 1808 y 1809, sucede la gran crisis de 1810-1811. Y así, como si la coincidencia escondiera una ley de dimensiones misteriosas e inflexibles, “la revolución de independencia, como la revolución francesa, estalla en medio de una tempestad de altos precios”.¹³

El análisis de la gráfica en su movimiento de larga duración (capítulo XI) muestra, entre otras cosas, el decurso de la pugna constatada en la curva estacional entre pequeños y grandes productores, y el triunfo de los segundos. Este triunfo es lo que expresa, en términos generales, el vuelo cada vez más alto y más torturado de los últimos ciclos de alzas de precio.

Casi cincuenta años tardan las haciendas en “resolver” sus dos graves problemas de supervivencia: la regionalización —restricción— de los mercados y el derrumbe de los precios ocasionado por el concurso de la producción del pequeño propietario. El primer problema fue “resuelto” simple y directa, aunque penosamente: disolviendo el primero.

¹¹ E. Florescano, *Precios del maíz y crisis...*, p. 76.

¹² *Idem.*, p. 176.

¹³ *Idem.*, p. 179.

Al comprar o apoderarse por otros medios de las tierras del indígena y del pequeño agricultor, los grandes propietarios obtenían por lo menos tres beneficios importantes. Primero: reducían la producción y, por tanto, la oferta de grano barato. Segundo: conseguían mano de obra para sus haciendas. Tercero: incrementaban la demanda, pues los indígenas que no se alquilaban como peones, afluían a la ciudad aumentando el número de consumidores.¹⁴

Este acaparamiento determinó en buena medida el fracaso de la política de subsistencias canalizada al través del pósito y la alhóndiga. Tales instituciones sobrevivían en virtud de una especie de impuesto (medio real) cobrado a cada carga de maíz que ingresara en la alhóndiga para su venta. En cuanto las cargas de maíz fueran restringidas, el fondo económico de ambas instituciones descendía; pero una vez desplazado el pequeño agricultor, la cantidad de maíz negociable en la alhóndiga quedaba a decisión de las haciendas.

La base económica de las instituciones dedicadas a combatir la "tiranía de los agricultores" quedaba en manos de estos, pues con sólo negarse a llevar sus granos a la alhóndiga comprometían su estabilidad económica y reducían los fondos del pósito para la compra de maíces. Y eso fue lo que hicieron.¹⁵

Esta negativa, más una recuperación demográfica que levantó la demanda hacia fines del siglo XVIII, son los dos factores principales, nos dice Florescano, del alza de precios que antecede a la revolución de independencia.

La negativa de los grandes agricultores, sin embargo, no implica que renunciaran a vender su grano en la ciudad. En 1795 las aduanas de esta registraron la entrada de más de 160 000 fanegas; la alhóndiga sin embargo sólo registró 67 904 fanegas. El dato obliga a preguntarse por la representatividad real de los precios apuntados en los libros de cuentas de la alhóndiga para ese año y similares, y permite suponer que fuera de la institución, la venta debió realizarse a un precio más alto. El alza efectiva fue, probablemente, en estos casos, más pronunciada que la anotada en los libros de cuentas.

¹⁴ *Idem.* p. 188.

¹⁵ *Idem.*, p. 191.

Las consecuencias de esta alza en la sociedad colonial, tienen su corolario decisivo, irresistible, en septiembre de 1810, "después de 30 años de alza continua de los precios".

Quizá resulte excesivo, a la vista de estos "anticipos", esperar de la historia cuantitativa una nueva versión completa de la historia de México; por lo menos es posible esperar —y exigir, dadas las posibilidades del método— versiones nuevas y estimulantes de algunos aspectos trillados una y otra vez con los mismos lugares comunes.

Si la historia es un continuo rehacer el pasado en la cabeza de los hombres, no hay por qué no pedir y esperar de la nueva historia económica que refuerze ese trabajo de Sísifo de la conciencia colectiva, con el hoy contundente argumento de la medición y la estadística. Tal vez sea un camino eficaz para lograr que la calamidad nos muestre su rostro anónimo y avasallador, su trasiego cotidiano en las masas, y tal vez colabore a que nuestra historiografía se pregunte, con mayor frecuencia, como Brecht: "¿Quién construyó Tebas, la de siete puertas? En los libros están los nombres de los reyes, ¿Han arrastrado los reyes las piedras?"

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN
El Colegio de México